

EL SACRIFICIO

Por

Julio Brial



I

TRINING ALONSO y Jacinto Makaraig nacieron y crecieron juntos en un bello pueblecito tagalo de donde eran sus padres, sus abuelos y toda su demás familia; pueblecito encantado, humilde lleno de quietud y paz, con más sementeros que otra cosa y sin más trínca de "intelectuales" que el boticario, el cura, el juez de paz, el presidente el subteniente de constables y el maestro y la maestra de las escuelas públicas.

Los padres de Trining y los padres de Jacinto eran vecinos y amigos íntimos de tiempo inmemorial. Se podía decir que las dos casas eran una y que ambas familias formaban una sola. Trining y Jacinto, casi de la misma edad, confundieron los pechos de sus madres, sus juguetes, sus golasinas y mas tarde, cuando los años llenaron el cuerpo de la gentil de una gloria de líneas y esbelteces, a la vez que a él le hacían tan hombre que ya había estudiado en la escuela del pueblo cuanto tenía que estudiar, confundieron sus almas una noche de mayo en un beso de amor...

Y los padres que desde que Trining y Jacinto eran niños se habían hecho a la idea de casarlos, al verlos ahora siempre unidos y continuamente juntos, tan seguros estaban de su boda como de que en diciembre se llenaba del oro del palay la sementera y en mayo se cuajaban de flores las trepadoras sampagas del solar...

II

Para aquellas pueblerinas, rústicas sencillísimas gentes, Manila era como un cuento de hadas y estaba tan lejana como el más lejano confin del mundo.

Por esto, sin duda los pobres viejos padres de Jacinto que, a costa de cien mil privaciones y sacrificios, habían al fin conseguido y decidido darle por el gusto mandándole a la capital para

cursar la medicina, se despedían ahora de él, en el andén del tren, llorando con toda el alma.

El había decidido pasarse de un tirón los seis años de estudio hasta terminar la carrera, sin volver al pueblo. Se evitaría gastos, entretenimientos, y la alegría de la vuelta sería más esplendorosa, con los títulos en la mano él, señor doctor en medicina por

los siglos de los siglos...

Partía el tren ya cuando Jacinto asomado al ventanuco de un coche de tercera a su vez lloroso y a su vez conmovido hasta el fondo de las entrañas, lanzó al vuelo, con su vida y con su alma, el último beso hacia aquel santo grupo encantado que formaban gimiendo una en brazos de la otra, su pobre madre y su Trining de su amor...

III

Y pasaron los días, los meses, los años.

Jacinto cumplió su palabra. Estaba terminada la carrera y no obstante, todo lo que sabía de sus padres, de su Trining y su pueblo, lo sabía únicamente por sus cartas, un verdadero mundo de cartas que él guardaba como su único tesoro.

Pero he aquí que un día, cuando todo se aproximaba al fin y Jacinto completamente dichoso y más que nunca enamorado levantaba encantados castillos en el viento, soñando con los ojos abiertos en un porvenir de paz y bienestar y amor, un compobiano suyo que acababa de llegar y que le traía cartas y regalitos del pueblo, vino a llenar de nubes los cielos de su quimera, llegó a llenar de espinas las rosas de su alma...

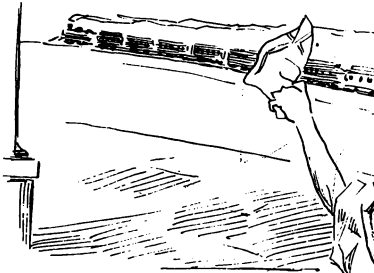
En el pueblo, en toda la provincia casi se había formado un "trust" que se había apoderado de todos los terrenos y pequeñas propiedades constituyendo una gran hacienda. Los capitalistas eran de Manila, y uno de ellos el principal, hombre que ya peinaba canas pero jovialísimo y

simpático, se había establecido en el pueblo, en un hermoso chalet que se había mandado construir frente a la casa misma de Jacinto... Era libre, inmensamente rico, amable, cariñoso, sociabilísimo; resultaba encantador bajo todos conceptos, apesar de su edad; en el pueblo le querían todos, tanto, que él hacía y deshacía cuanto, le venía en gana; y se decía que locamente enamorado,—el amor loco y peligroso de los viejos—había pedido la mano de Trining, a la que, según también decían no le disgustaba el viejo ricachón...

IV

Y Jacinto escribió, escribió a sus padres, a los padres de Trining, a la misma Trining. Al cabo de un mes recibió una carta una sola, de su pobre madre...

Y sí, era cierto todo. Trining se casaba con el "havi" de la Provincia, como llamaban al viejo hacendero, olvidándolo todo, olvidada



de todo la enormemente ingrata adoradísima.

Le costó a él el convencimiento de su infortunio una grave enfermedad, que le postró con fiebre muchas días. Cuando se alzó de la cama el primer día, su dolor había hecho crisis, y su determinación, clara y triunfal, estaba absolutamente formada para el futuro.

Se dedicaría, imposible ya su roto corazón para otro amor, con todos sus sentidos a la ciencia. La sociedad le había hecho un mal horrible; había, a sangre fría, cometido un crimen de leso corazón con él... pues bien, él iba a pagar la deuda haciendo por ella todo el bien posible, dedicándola toda su alma y su vida, su ciencia y su trabajo; devolvería bien por mal: vida por muerte; consuelo y salvación por su desolación...

V

Y volviendo a pasar los años, el nombre del Dr. Jacinto Makaraig, aureolado de fama y gloria, llegó al último confin de Filipinas.

Se contaban de él operaciones y curas milagrosas le apodaban el mago, se hablaba de ciertas virtudes ocultas que le tornaban invencible, omnimodo, todopoderoso... Y él pasaba por entre el halo de admiración y gloria que por todas partes le rodeaba siempre triste, pálido y melancólico, poderoso señor que tendiendo continuamente en lucha desesperada la muerte a sus pies no podía arrancarse del humano corazón aquel dolor oculto y misterioso que las gentes jamás pudieron comprender...

VI

—¿El Doctor Makaraig?

Una señora, sin hacer anunciarse, en su propia casa, en su propio despacho:
—Servidor de usted.
La señora clavó en él sus ojos,



lánguidos, hermosos, húmedos de dulzura y lloro, en los que el Doctor apenas reparó, inquieto y sorprendido.

—Usted perdonará mi atrevimiento, pero sé que únicamente así, sorprendiéndole a usted, podría conseguir de usted, tan ocupado siempre, lo que deseo... Doctor, yo he venido porque tengo a mi esposo muriéndose, y usted es el único que, operándole, puede salvarle de la muerte.

Makaraig sonrió, no obstante estar acostumbrado a esta clase de lisonjas, y halagado por la fe y la confianza de la desconocida, distraidamente preguntó:

—¿Y qué es lo que tiene su esposo?

Ella explicó, entonces, la enfermedad, mientras él escuchaba, sin mirarla, la larga letanía de miserias. Se trataba de un cáncer peligrosísimo en el vientre, se trataba de la muerte, ni menos ni más...

—Verdaderamente un caso desesperado, dijo, cuando ella hubo callado, tan desesperado que hoy mismo tendría que verlo, acaso que operarlo...

Alzó la frente y se fijó, por primera vez, en la pobre señora... Se fijó, se fijó pálido de terror, de amargura, de locura...

Ella cayendo, desplomada sobre un sillón, comenzó a sollozar con la cara cubierta por sus manos...

—¡Perdón, Jacinto perdón!... Olvidalo todo, salva a mi esposo!...

VII

En la más hermosa habitación de su hermoso case-rón de Manila, don Fernando Jiménez acababa de ser anestesiado para la imposible operación que iba a llevar ahora mismo a cabo el Dr. Makaraig asistido por cuatro o cinco doctores más.

Antes de penetrar él en la habitación Trining se le acercó llorando, retorciéndose las manos, loca de dolor...

—¡Sálvalo, Jacinto, tú eres bueno!...

El preguntó con la voz de un moribundo:

—Es que le amas, es que le amas mucho más que a mí?

Ella siguió llorando desesperada, sin contestar...

Se irguió él, de pronto, y abandonando a la pobre mujer, que vencida de espanto y de dolor, corrió a tenderse, a reclinarse de rodillas ante la puerta de la habitación que él había atrancado al entrar, filosofó cruelmente en las tristes ironías del destino en tanto se calzaba los guantes de goma y un ayudante le fajaba el rostro.

He aquí que la vida de aquel hombre, de aquel odiado rival que tanto dañó le hiciera sin siquiera conocerle, estaba ahora en sus manos, a merced de él completamente.

He aquí que aquella mujer tan adorada que destruyó para siempre su corazón riéndose de él, al clavarle la daga del más fiero dolor, se arrastraba ahora llo-

rando a sus pies, en imploro de perdón y misericordia.

Y he aquí, que ahora mismo, él, el gran Doctor Makaraig, a la vista de todos los demás doctores con la mayor naturalidad del mundo y de la ciencia podría acabar para siempre jamás con aquel caso desesperado, brindándoselo a la muerte, en holocausto a todos los dolores y todas las torturas que había padecido, que aún padecía y que seguiría padeciendo...

Un frío sudor le corrió por la frente, por las sienes... maquinalmente co-

gió el bisturí...

En un silencio inmenso de muerte, comenzó a operar...

VIII

Se abrió la puerta del cuarto de un golpe, bruscamente. El Dr. Makaraig pálido, sereno, apareció en el dintel...

Trining se alzó ante él anhelante, febril, loca, clavándole los ojos en sus ojos, las uñas en sus manos en sus manos...

El la apartó de sí, hablando rápido, como en un sollozo que se contiene, únicamente una palabra:

—¡Salvado!





Concierto de música filipina dado en la hermosa residencia de los Sres. de Mandelbaum, bajo los auspicios de la Asociación Musical de Filipinas,, en honor del famoso violinista Jan Kubelik. En la fotografía aparecen la Srtà. Monserrat Iglesias, Sr. Francisco Ticciani, Sra. Carmen de Mandalbaum. Sr. Jan Kubelik, Srta. Pacita Nolasco, Srta. Dolores Heras, Srta. Victorina Llobregat, y el Sr. G. E. Moore.



← *Miguel Fleta, tenor español de reconocida fama mundial, que vendrá a Manila, contratado para dar una serie de conciertos en el "Opera House".*

Andrés. Segovia, célebre guitarrista español, llamado muy justamente "El mago de la guitarra", que también vendrá en breve a Manila →

(Abajo) Fiesta en casa del Sr. Gregorio Alcabao, cajero de la "Manila Trading" con motivo del bautizo de su hija, a la que se impuso el nombre de Estela, sacándola de pila la Sra. Amada de Feliciano y el Sr. Manuel Eloriaga.

